

José Francisco Serrano Oceja.
Iglesia y el poder en España.
Del Vaticano II a nuestros días

Madrid: Arzalia Ediciones, 2024, 375 pp. ISBN: 978-84-19018-53-3

En la carta que el Papa Francisco hizo pública el 21 de noviembre de 2024, sobre la renovación del estudio de la historia de la Iglesia, el actual Pontífice afirmaba que «un gran teólogo francés decía a sus alumnos que el estudio de la historia nos protege del “monofisismo eclesiológico”, es decir, de una concepción demasiado angelical de la Iglesia, de una Iglesia que no es real porque no tiene manchas ni arrugas». En efecto, la cita del Papa cuadra a la perfección con el libro que recensiamos, porque es un sano ejercicio de acercamiento «humano» a la Iglesia, a sus manchas y arrugas, con la discutida y paradójica realidad del poder, que tanto ha dado que hablar y tantos ríos de tinta ha hecho correr en España, en los últimos 200 años. *Iglesia y poder en España. Del Vaticano II a nuestros días* es el título que su autor, el Dr. D. José Francisco Serrano Oceja, catedrático de Periodismo en la Universidad San Pablo CEU de Madrid, y profesor de varios postgrados, ha querido dar a este volumen de 375 páginas, que genera en el lector una ávida dependencia, que no sólo se frena cuando se lee la última página, sino que espera que este volumen tenga continuación en otro, que llegue hasta nuestros días, pues el tope cronológico que Serrano Oceja coloca como termino *ad quem* es el año 2000.

El autor es de sobra conocido en el ámbito del periodismo católico español, proceloso campo de batalla en el que, en medio de planteamientos fratricidamente ramplones y maniqueos, Serrano Oceja demuestra día a día una imparcialidad serena y atractiva, que no parece precisamente muy hispana, a juzgar por nuestra convulsa historia reciente. Además, cuenta con una inmejorable preparación académica, que no sólo se limita a los estudios de periodismo, sino que ha sido enriquecida con amplios conocimientos de filosofía, teología y derecho canónico, fundamentales para poder adentrarse con pie seguro en ese intrincado bosque que es la historia de la Iglesia española desde principios del s. XIX hasta la actualidad, y poder sentir en su entraña el palpitar de «Alguien que va más allá de la historia», como escribió Karl Adam.

Uno de los desafíos al que este libro ha dado puntual respuesta es explicar la historia reciente de nuestro país, pero retrotrayendo la mirada investigadora hasta principios del s. XIX. Es algo que no se puede olvidar, porque intentar historiar a la Iglesia de España desde el posconcilio a la actualidad, o se hace arrancando de la caída del Antiguo Régimen y la tumultuosa implantación

del liberalismo, o corre el riesgo de convertirse un ejercicio de memoria de pez, que al poco tiempo se haya olvidado, por la superficialidad de un análisis histórico que desconoce las profundas raíces de los acontecimientos históricos que tejieron el tupido, y a veces caótico tapiz que son las relaciones entre la comunidad eclesial, especialmente los obispos, y el poder civil en España, en los últimos dos siglos.

Cuando yo estudiaba historia de la Iglesia en la Universidad Gregoriana de Roma, se repetía, como una cantinela machacona, que hacer historia de acontecimientos que tuviesen menos de 100 años, era hacer periodismo. Y que la historia era otra cosa. No puedo negar la parte de verdad que pueda tener esta opinión, ya que para interpretar adecuadamente y sin excesiva subjetividad muchos acontecimientos, se impone necesariamente la distancia que sólo marca el paso del tiempo. Pero no es menos verdad que también, con profundo conocimiento de las fuentes, dominio amplio de la bibliografía, escurpulosidad metodológica y honradez científica, se puede hacer de la historia reciente un artículo, o como este caso, un libro que sea algo más que periodismo.

Y ésta es, además de otras, una de las características que engrandecen el libro de Serrano Oceja. Sin ser una obra histórica al uso, que no ofrece notas a pie de página con referencias a archivos ni puntuales referencias bibliográficas, sin embargo, se apoya en una gran masa documental -aunque no sea de referencia directa- y en la mejor literatura historiográfica que ha tratado el complejo argumento que eligió su autor, legándonos así un libro que en adelante deberá ser citado por quienes trabajen en el complicado período en el que nos sumerge Serrano Oceja. Antes, habían acometido esta tarea historiadores hispanistas como William J. Callahan (*La Iglesia católica en España*) o Stanley Payne (*El catolicismo español*), por citar algunos, y el tomo V de la *Historia de la Iglesia en España*, dirigido por el p. Ricardo García Villoslada también se había centrado en el período más reciente de la vida de la Iglesia española. A la producción historiográfica citada habría que añadir las aportaciones de los principales representantes españoles de la llamada «historia religiosa», como el desafortunadamente fallecido Feliciano Montero García. Pero Serrano Oceja, aun manteniéndose en el mismo arco cronológico, se centra positivamente en un aspecto, quizás el más polémico, que es el de las relaciones entre la Iglesia -en realidad, los obispos-, y el poder político.

En un breve y ajustado resumen, en el que evidencia sus notables cualidades pedagógicas, el autor sintetiza la singular singladura de la Iglesia española en el s. XIX, traumática en ocasiones, más serena en otros momentos, pero con consecuencias que se prolongaron hasta bien entrada la centuria posterior. Lejos de interpretaciones que parten más bien del idealismo filosófico, que conciben la historia como movimiento de ideas, Serrano Oceja es bien consciente de que las ideas las conciben, articulan, sistematizan y difunden los hombres. Y que, por eso, en la historia hay que reconocer el protagonismo de determinados individuos, que están en la raíz de opciones, que van más allá de ellos mismos, configurando enteras etapas de la historia de los pueblos y las naciones. Los

apartados que el autor dedica al nuncio en España Federico Tedeschini de 1921 a 1936, cuyo *Diario* y gran parte de su correspondencia diplomática han sido publicados por Vicente Cárcel Ortí, ayuda al lector a empatizar con un personaje que no lo tuvo precisamente fácil en unos tiempos convulsos, pero que no dejó indiferente a nadie en el Madrid de entonces.

Lo mismo se podría afirmar del obispo de Madrid y último patriarca de las Indias Occidentales, el gallego don Leopoldo Eijo Garay, cuya vertiente más «humana» es dibujada magistralmente por Serrano Oceja, acercándonos así a un personaje del todo singular, que rigió la diócesis de la capital de España durante nada más y nada menos que 40 años. Brillante orador, se desenvolvía a gusto en los ambientes académicos madrileños, y tuvo un protagonismo decisivo en los primeros pasos del Opus Dei.

Puesto que el autor, al hablar en su título de «Iglesia» y relacionarla con el poder, se refiere primordialmente a los obispos, no puede sino ofrece al lector algo tan polémico y cuestionable como la sociología y el sistema de reclutamiento y nombramiento del colegio episcopal en España, tema en el que la tradición de la intervención regia ha pesado tanto hasta tiempos recientes, con el reconocimiento del derecho de patronato otorgado por Adriano VI a Carlos V en 1523, y ampliado sucesivamente en los distintos concordatos firmados entre España y la Santa Sede (1737, 1753, 1851, 1953).

El último concordato, el de 1953, presentado en el momento de su firma ante el mundo entero como modélico e imitable, tuvo, sin embargo, una corta vida. Apenas 10 años. La apertura del concilio Vaticano II, en 1962, imprimió en la vida de la Iglesia un giro, introduciendo y aceptando realidades que estaban tan en disonancia con el catolicismo vivido en España secularmente, como la libertad religiosa, la libertad de conciencia y el pluralismo religioso. A la par, como señala acertadamente Serrano Oceja, la estrecha colaboración que había existido entre Iglesia y Estado en España, denominada por muchos historiadores como *nacionalcatolicismo*, llegaba a su fin. Y era la Iglesia la que tomaba la iniciativa, siguiendo los dictados del concilio, que reivindicaba una mayor autonomía y libertad frente al poder civil, para poder realizar su misión sin las pesadas hipotecas estatales que la gravaron en siglos anteriores. Y en ese sentido, uno de los puntos más discutidos era la intervención del Jefe del Estado en el nombramiento de los obispos, a la que Franco no quiso renunciar, a pesar de pedírselo en dos ocasiones San Pablo VI. Sólo con la llegada de Juan Carlos I a la más alta magistratura del Estado, cuando renunció al derecho de presentación, se pudo hacer en España la «recepción» del nº 20 del decreto *Christus Dominus* del concilio, que establecía taxativamente: «para defender como conviene la libertad de la Iglesia y para promover mejor y más expeditamente el bien de los fieles, desea el sagrado Concilio que en lo sucesivo no se conceda más a las autoridades civiles ni derechos, ni privilegios de elección, nombramiento, presentación o designación para el ministerio episcopal; y a las autoridades civiles cuya dócil voluntad para con la Iglesia reconoce agradecido y aprecia este Concilio, se les ruega con toda delicadeza que se dignen renun-

ciar por su propia voluntad, efectuados los convenientes tratados con la Sede Apostólica, a los derechos o privilegios referidos, de que disfrutaban actualmente por convenio o por costumbre».

En el texto de Serrano Oceja subyace, y en ocasiones el autor lo expresa abiertamente, la idea de que la transición que hizo la Iglesia española en el tardofranquismo, resituándose en una nueva sociedad, cuyo régimen político ineludiblemente se convertiría en democrático, fue el preludio de la transición política que tuvo lugar en España en las postrimerías del franquismo y tras la muerte del general, el 20 de noviembre de 1975. Por desgracia, esta afirmación del autor, que comparto plenamente, pasa desapercibida en la historiografía que se ocupa de este importante momento de la España contemporánea, fruto, creo, de una amnesia dolosa que pretende ignorar, por no decir cancelar o invisibilizar, la gran aportación que realizó la Iglesia al cambio político en España, sin la cual éste hubiera sido imposible.

Y Serrano Oceja no olvida en su libro el alto coste humano que esa transición le acarreo a la Iglesia. La crisis interna que sacudió a la Iglesia con la recepción del concilio se agravó en España, más si cabe, por coincidir con el fin de la dictadura. Una mala interpretación del concilio, entendida como ruptura frente a la tradición, ahondó aún más ese corte drástico con el pasado con un elevado coste humano que se tradujo en la crisis de las órdenes religiosas y las dolorosas secularizaciones de un elevado número de sacerdotes, además de determinadas opciones pastorales pretendidamente novedosas, cuyos resultados francamente dejan mucho que desear, por los escasos o nulos frutos que han producido.

La Iglesia española, afirma Serrano Oceja, tuvo su particular «mayo del 68», que conoció algunos episodios sobre los que aún queda mucho por escribir, sobre todo por falta de documentación. Es el caso de la famosa Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes, que, involuntariamente, fue toda una puesta en escena de las tensiones que agitaban al clero en aquella España posconciliar. Su enigmático final sigue suscitando muchos interrogantes sobre el origen y las responsabilidades personales de la intervención romana, que dio carpetazo a aquella singular iniciativa.

Al leer los últimos apartados del libro de Serrano Oceja se podría afirmar, no sin cierta ironía, que «hay vida después de Tarancón». Sin duda alguna, el destacadísimo papel de don Vicente al frente de la Conferencia Episcopal, como fiel ejecutor de las directrices de San Pablo VI, fue fundamental para la Iglesia española en ese tortuoso, y a veces vacilante proceso de resituarse en la sociedad después del Vaticano II y en consonancia con los postulados del concilio. Pero el cambio de los tiempos, y el cambio en el pontificado, con la llegada de San Juan Pablo II, imprimió un nuevo giro en la vida de la Iglesia hispana, con los liderazgos de los sucesivos presidentes de la Conferencia Episcopal. Unos liderazgos más acusados; otros, más discretos, pero, eso es innegable, con el deseo de servir lo mejor posible a la comunidad eclesial frente a gobiernos de diferente signo, que no siempre se prestaban a un diálogo franco que redundase

en beneficio de toda la sociedad. Temas como las políticas del PSOE, el nacionalismo vasco, el terrorismo de ETA, son conjugados por el autor con realidades, no menos importantes intraeclesialmente, como la formación de «redes clientelares» de las que se surtió el nombramiento de obispos afines ideológicamente a quienes, en un determinado momento, monopolizaban el poder religioso en España con las bendiciones de Roma, lo que es una gravosa hipoteca que aún sufre la Iglesia española. Y lo peor de todo, creo que difícil solución.

En mi opinión, si algo palpita en las páginas de este libro es una visión «cordial» de la singular singladura de la Iglesia en España desde principios del XIX hasta el año 2000. Cordial en sentido etimológico: hecha desde corazón. Su autor no pretende ofrecer una visión descarnada de este período; al contrario, late una empatía profunda, a veces irónica, otras veces dolorosa, con el objeto historiado -la Iglesia-, que hace pensar en cuánta razón llevaba Madeleine Dêlbrel cuando afirmaba que en ocasiones hay que amar a la Iglesia por encima de la Iglesia y a pesar de la misma Iglesia.

Y cuando ese ejercicio de amor eclesial, como es este libro, se hace con un estilo ameno, pulcro literariamente, y sin concesiones ideológicas burdas, el resultado no puede ser mejor. Sólo puede ser mejorable si el autor, dentro de un tiempo, nos regala otro volumen, que nos acerque al palpitar de la Iglesia en España desde el año 2000 a nuestros días. Estoy seguro que en esa futura ocasión, como lo ha hecho en este libro, en José Francisco Serrano Oceja se cumplirá la recomendación que el Papa Francisco hace al historiador de la Iglesia en la carta con que abría esta recensión, refiriéndose «a la necesidad de “hacer historia” de la Iglesia no sólo con rigor y precisión sino también con pasión e involucrándose: con esa pasión y compromiso, personal y comunitario, propios de quienes, comprometidos en la evangelización, no eligieron un lugar neutral y aséptico, porque aman a la Iglesia y la acogen como Madre, tal como ella es».

Francisco Juan Martínez Rojas
Instituto Español de Historia Eclesiástica
Roma, Italia
franmartinezrojas@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-6113-2416>